

licidad bendijo en los altares la realidad de un ensueño de amor? ¿Con qué clase de homenaje le tributaremos honor al que se asoció a todos nuestros humildes triunfos y a todos nuestros sufrimientos? ¿Cómo enalteceremos la firmeza y constancia de su amistad, cuando hombres malos quisieron enagenárnosla? Pobre es el corazón en tesoros para salvar las cuentas de aquellos que nos amaron en la vida; escaso es el manantial de nuestros ojos para cubrir estas tumbas recién abiertas.

LUIS MARÍA MORA

Los Angeles, marzo de 1930.

(De *Lecturas dominicales*).

HOMENAJE DE ADMIRACION

Only the actions of the just
Smell sweet and blossom in
their dust.—SHIRLEY.

Se ha cumplido ya un mes desde que Monseñor Carrasquilla, al rendir la jornada de su meritoria existencia, dejó al ilustre Colegio del Rosario, a Bogotá, su digna tierra natal y al país entero sumidos en el más profundo sentimiento. Para comentar el triste suceso de su muerte, que marca, en mi sentir, el derrumbamiento de una época grandiosa en la historia política, literaria y científica de Colombia, se han esgrimido las bien tajadas plumas de los numerosos discípulos y admiradores del eximio maestro. Aunque el más oscuro y el menos llamado entre ellos, también yo quiero consagrarle hoy un recuerdo acendrado de afecto y gratitud, uniendo mi voz al coro armonioso de quienes, con inspiración y destreza, han tejido el panegírico del glorioso sacerdote en la hora meditativa de la apoteosis. Bien veo que para hablar de varón tan sabio y bueno, sin salir desairado, sería de justicia entresacar de lo

íntimo del alma los más puros conceptos, como son los de fe, idealidad, heroísmo, belleza clásica, sabiduría, santidad, y que, al pronunciarlas, fuese uno digno de semejantes palabras; pero en el presente caso la sinceridad y el fervor del cariño suplirán las deficiencias.

El doctor Rafael M. Carrasquilla vino al mundo en el año 57 de la pasada centuria y pasó su niñez en aquella época, ya lejana, cuando todavía crecían colombianos realmente eminentes en civismo y amor patrio. Tuvo por padre a don Ricardo Carrasquilla, benemérito maestro, poeta de festiva y rica imaginación, de quien dice su ilustre hijo en la última de sus composiciones poéticas:

«Me tocó por padre un hombre
Tan cristiano como un templo,
Pero—ninguno se asombre—
Si pude heredar su nombre,
No supe imitar su ejemplo».

Fue su digna madre doña Emilia Ortega de Carrasquilla, hija del prócer Ortega y descendiente, por línea materna, del general Naríño. De su propio e insigne progenitor recibió las primeras enseñanzas, sin que tuviera necesidad de salir del hogar paterno para iniciarse en el cultivo de las ciencias. Llegado a los veinte años, experimentó firme desprendimiento por los regocijos mundanos, donde se revela en gran parte lo que apellidan «vocación religiosa». Acudió entonces a don Miguel Antonio Caro, quien descollaba por su ilustración y talento entre los jóvenes de su edad, como descuellan, para emplear el símil de Virgilio, los opulentos cipreses entre los pequeños arbustos. Varios lustros después decía Carrasquilla de su maestro: «El señor Caro fortaleció en mi alma las creencias católicas y las ideas sociales y políticas que mis padres me habían inculcado desde la cuna; me enseñó con su ejem-

plo cómo se pelea la buena batalla en defensa de la e, de la autoridad, de la patria; creó en mí el amor a la clásica literatura; corrigió y publicó mis primeros vacilantes ensayos; con interés y cariño de padre me inició en la lengua de Cicerón y de Virgilio; me admitió a la intimidad de su cristiano, de su bendito hogar; me trataba con todo el respeto debido a un embajador de Cristo, y con toda la confianza, desenfadada, deliciosa, del maestro para con el discípulo del hombre superior para con el que no sería digno, a no vestir sotana, de trabar intimidad con él;

Así preparado por un profesor tan experto, penetró en el Seminario Conciliar, ansioso de engolfarse en los misterios de la Teología Sagrada, y ungido con el óleo de los ministros de Dios, se enfrentó al mundo para cumplir con el precepto evangélico: «*Euntes, docete omnes gentes*». Hacia el año de 1890 don Carlos Holguín, Presidente de la República, nombró al doctor Carrasquilla Rector del Colegio del Rosario. Esta sola obra habría bastado para ilustrar la administración de aquel eminente patricio. Poseído de su elevado cargo, el doctor Carrasquilla se dedicó al Colegio con todas sus juveniles energías y con pleno ardimento de su voluntad. Renovó en forma admirable las constituciones del fundador; levantó el claustro nuevo para restablecer la facultad de Jurisprudencia; creó los estudios de filosofía y letras, elevados a la categoría de profesión; reorganizó las disciplinas filosóficas, según la mente de Santo Tomás; iluminó con suaves destellos de verdad y ciencia las numerosas mentes de sus discípulos, los cuales, como llevados de misterioso impulso, corrían al Rosario desde los más apartados ángulos de la patria. ¿Qué ciudad florecerá hoy en Colombia, donde los que oyeron al insigne maestro no sean honra del Foro, o de las letras, ingenieros, médicos, institu-

tores, o por lo menos ciudadanos probos, amantes del bien y de la justicia?

Con tan admirable dirección el Rosario Mayor, cuna de la República, y que en distintas épocas había pasado por amargas vicisitudes, se remontó a lo más encumbrado de sus glorias. Con las enseñanzas y ejemplos del sabio Rector se formaron los catedráticos de las tres facultades, quienes a cualquier centro del mundo hispanoamericano harían honor. En 1905 apareció el primer número de la *Revista del Rosario*, y ha continuado saliendo mensualmente, hasta la presente hora de duelo, esta publicación selecta y honrosa en sumo grado para las letradas patrias. Bajo el sintético lema de «Lo nuevo y lo viejo», no sólo se publican en dicha revista trabajos relativos al arte y literatura antiguos, sino también los ensayos de los estudiantes, las tesis de grado, las alocuciones y conferencias de Monseñor, no menos que los diamantinos escritos y poesías del preclaro humanista don Antonio Gómez Restrepo, y de otros pensadores que dan realce y jugo a la literatura colombiana.

Como maestro era Monseñor Carrasquilla severo, afable y paternalmente celoso por el bien de sus alumnos, aun después que se hubieren alejado del claustro; tenía maravilloso acierto al reprender o aconsejar al que intentara quebrantar sus reglamentos; era de rostro franco, imponente y señorial; de mirada profundamente inteligente, penetrante, avasalladora; las manos de finura aristocrática contrastaban con el vigor y fortaleza de su carácter; el timbre de su voz era majestuoso, vivificante, y cuando ocupaba la cátedra, o leía en la Academia, las palabras brotaban de su boca semejantes a uno de esos arroyos que se desprenden a veces del pie de alguna empinada montaña, y que luego corren apacibles por los campos, esparciendo por

doquiera frescura y alegría, hasta que rinden al océano su acrecentado y benéfico caudal: así me imagino ahora el poder de que estaba investida su palabra.

Como orador sagrado fue en la capital el monarca de la elocuencia por más de cuarenta años: tan sólo encontró un rival poderoso en Monseñor Cortés Lee, el Demóstenes colombiano, que hizo una vez exclamar a su noble competidor: «es el orador sagrado más grande del mundo». Su campo predilecto fue la oración fúnebre. Entre las piezas magistrales de este género sobresale la que pronunció a la muerte del Pontífice León XIII, obra digna de Bossuet y de Lacordaire. Como ejemplo de elegancia e inspiración, me permito poner aquí un trozo tomado del principio de este admirable panegírico: «Cuando el ángel de la eternidad, por orden de Dios, se inclinó respetuoso sobre el lecho del pontífice moribundo y cortó suavemente el último hilo que ligaba aquella alma poderosa con el endeble cuerpo, la campana mayor de la Basílica de San Pedro vibró en los aires, la siguieron las de las cuatrocientas iglesias de la ciudad eterna, y así como al caer la piedra en el estanque, se van formando ondas concéntricas que llegan hasta las riberas, así aquel tañido de tristeza fue extendiéndose por el universo entero; y asordaron los dobles de los bronces desde las torres caladas de las grandes catedrales góticas, y les respondió el esquilón agudo, medio oculto bajo el alero de la capilla de cañas y juncos alzada por el misionero en los grandes lagos donde nace el Congo, y al pie de la imponente mole, coronada de nieve, que es cuna del Nilo portentoso».

Por su aspecto de escritor y periodista, corre parejas con el señor Caro y don Marco Fidel Suárez. Entre sus obras ocupan puesto principal su «Ensayo sobre la doctrina liberal», aplaudido de todos los criterios; su «Tra-

tado de Metafísica y Ética», donde la claridad del concepto armoniza, como en Balmes, con la elevación de la doctrina y la pureza inimitable del estilo; sus «Leciones sobre el arte de educar», dictadas a los alumnos de filosofía y letras; su bellísima colección de cuentos, dedicados a los estudiantes, y la «Vida de San Agustín», descrita con la unción de un Cardenal Newman y con la fervorosa lucidez de San Juan Crisóstomo.

La vida de Monseñor fue toda un dechado perfecto de patriotismo y amor al prójimo; dedicó a los próceres los mejores frutos de su inspiración literaria; veneraba a Bolívar con amor entrañable, y no menos a Nariño y Santander, que le inspiraron fervorosos brotes de elocuencia. Tenía el doctor Carrasquilla magnífico, espontáneo arte para el trato social, lo que otros llaman «dón de gentes». En las veladas de la vieja Santa Fe, donde se reunían las más elegantes matronas y caballeros de exquisita cultura, fue siempre espejo de urbanidad y desenfado: con sólo dar la mano, a veces con la simple mirada, revelaba el equilibrio moral de sus facultades y la oportuna viveza de sus pensamientos. Ortodoxo a carta cabal, y fidelísimo a la autoridad de Roma, se hacía, no obstante, querer de tirios y troyanos; su alma era nacional, no cosida con partido alguno, y contaba entre sus amigos íntimos no solamente a los Holguines y Caros, Zuletas y Goenagas, de refinada cepa conservadora, sino también a eminentes liberales como don Nicolás Esguerra, y, sublime contraste, a varones descreídos y misántropos como el ilustre Juan Manuel Rudas, magdalenense, rector que fue también del Rosario en la época del utilitarismo especulativo. Qué bien cumplía Monseñor el «*Diligite homines, interficite errores*»! La caridad que recomienda San Pablo a los privilegiados del cielo, brilló de continuo en su alma, dando substancia y tomo a las demás virtudes, que, sin ir cimentadas en aquella, se reducen a humo y escoria.

El venerable Instituto del Rosario habrá derramado lágrimas sin cuento, deplorando la desaparición de quien fue muchos años su «*alma mater*» y su bienhechor incomparable. Sobre la loza que guarda sus restos, en la gloriosa capilla del colegio, cabe el altar de la muy noble y celestial «Bordadita», brillarán sus acciones con reflejos de luz indeficiente: «tan sólo las obras del hombre justo despiden aromas de dulzura eternal y florecen sobre el polvo de la tumba».

ARTURO ACUÑA

TESTAMENTO DE MONS. CARRASQUILLA

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero:

Yo, Rafael María Carrasquilla, varón, mayor de sesenta años, ciudadano de la república de Colombia, natural y vecino de Bogotá, sacerdote católico, canónigo de la catedral primada y actual Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, hallándome en completa salud y en pleno uso de mis facultades intelectuales, otorgo el presente testamento, que se contiene en las cláusulas siguientes:

Primera.—Soy hijo legítimo de los señores Ricardo Carrasquilla y Emilia Ortega de Carrasquilla, ambos finados, y no tengo legitimarios ni herederos forzosos.

Segunda.—Tengo cuatro hermanos legítimos de padre y madre, a saber: Mercedes, María Josefa, Pedro e Ignacio Carrasquilla.

Tercera.—Quiero morir, mediante la gracia divina que humildemente imploro, como he vivido siempre, en el seno de Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica Romana, única verdadera y fuera de la cual no hay salvación.